

tal manera escuchó María su oración, que Claudio de Saintes llegó a ser doctor en teología y enseñó con brillo, en el célebre Colegio de Navarra, en París. Su provincia le nombró diputado para el Concilio de Trento del que fue una de las lumbreras, y, en fin, sus escritos le valieron un renombre tal, que fue hecho obispo de la villa de Evreux.»

El que relataba esta historia de Claudio de Saintes, ignoraba que él mismo estaba destinado a llevar una ciencia más elevada y un nombre más brillante a otra silla y a otro concilio, por el crédito todopoderoso de la misma protectora. Yo, hijos míos, no os presagio grandezas semejantes, pero os deseo que la misma estrella de la mañana brille sobre vuestros espíritus en la aurora de vuestra vida. Así sea!

MONSEÑOR BAUNARD

DE LA MORFINA A LA ETERNIDAD

Aquella última vez el médico había venido desalentado.

Aunque eso era, al fin y al cabo, lo que le daba de comer, estaba ya harto de auscultar aquel cadáver, de aplicar las orejas a las salientes asperezas de las costillas para comprobar—lo que saltaba a la vista—que los pulmones estaban deshechos y que el joven Edmundo de Gardeney no tenía vida más que para veinticuatro horas.

Así, hoy se decide a no disfrazar nada de la verdad, y cogiendo al padre se lo lleva al rincón de una ventana.

—Es el fin—le murmura francamente.—He tenido

que subir hasta el codo para encontrar el pulso.... ¡Por otra parte, véalo usted mismo!...

Y componiendo su rostro, el doctor vuelve a la cama, coge la mano del joven oficial, y ante el padre sube entre sus dedos la piel del dorso, la que, en vez de volver a bajarse de golpe, como en plena juventud y vida, se queda perezosamente en el aire. Y los dos hombres cambian una mirada que lo dice todo.

—¿Cómo me encuentra usted, doctor?—murmura el enfermo, inquieto ante esta maniobra.

—Mejor, amigo mío.

—¡Diantre!... Es preciso dar tiempo al tiempo—añade el padre.—¡Tiempo al tiempo!....

* * *

En el salón.

El médico se pone los guantes en medio de toda la familia: padre, madre, esposa, hermanas, tíos, tías, criadas....

—Si ustedes se proponen que se confiese.... ha llegado la ocasión....

—¡Oh, todavía no! ¡Eso le mataría!—exclama la esposa.

—Como ustedes quieran.... Se lo digo porque creo un deber advertírselo....

—Perfectamente, doctor, y nos quedamos tristemente reconocidos....

—Tengo el gusto de saludarles....

—¿Cuándo volverá usted, doctor?

—No volveré más si no me llaman....

—¿Verdaderamente está tan mal?

—Lo repito.... ¡Está peor que mal!....

Y el médico se va; pero al pasar de la puerta, encendiendo su cigarro, repite la palabra de la esposa:

¡Eso le mataría! Y se encoge de hombros con un gesto de suprema compasión.

El salón se ha convertido como en los bastidores de un teatro. La escena es la alcoba en que el moribundo agoniza empapado de sudor.

Antes de penetrar en la alcoba se miran en el espejo, se lavan los ojos, se empolvan las mejillas para borrar el coloreamiento dejado por las lágrimas, se atusan los cabellos, se estudian las actitudes, se cuidan cómo han de presentarse.

—Buenos días, Edmundo!

—Buenos días—exhala dolorosamente el enfermo.

—¿Cómo va ese apetito? ¿Comerías algo?

El mueve la cabeza con aire cansado.

—¡No te extrañe .. es muy natural! .. ¡No gastas fuerzas... no se hace sentir la necesidad de repararlas! ¡Cuando quieras un dedo de leche, un huevo pasado por agua, no tienes más que hacer una señal!...

*
* *

Un cuarto de hora después, la esposa que se aproxima.

—¿Qué tal, Edmundo?

—¡....!

—¡Es natural que no te sientas mejor... hace un tiempo atroz... llueve enteramente hielo, las paredes rezuman de humedad!... ¡Yo que estoy buena, no puedo parar hoy de dolores en todo el cuerpo!....

Otro cuarto de hora más tarde, el tío:

—¿Cómo va, muchacho? No tienes muy buen aspecto ... Los reumas descuidados duran bastante. Es sabido... Pero el barómetro está subiendo... y su subida es el alivio para los reumáticos....

Luégo entran en turno las tres tías:

—¿Quieres una tisana?... Tienes menos calentura

que ayer... no lo dudes... ¡Espera!... ¡Voy a arreglarte las almohadas!... ¡Así!

Y como en aquel momento el enfermo se tira hacia atrás en un acceso de crisis:

—¡Eso no es nada, hombre!

—Pero en resumidas cuentas, ¿estoy en peligro?

—¡En peligro!

Y las tres tías levantan sus seis brazos en el aire con un gesto indignado de protesta.

—¿En peligro?... ¡No digas tales horrores! Nos destrozas el corazón con tus fantasías ... El médico te ha encontrado mejor que ayer... ¿Por qué dar asilo en la cabeza a tan negras ideas?... ¡No es de suponer que tengas miedo!

—No, no lo tengo—dijo el joven con los ojos brillantes de fiebre....—Pero por eso mismo quisiera saber....

—Lo repito ... Lo que tienes es un reuma descuidado, y nada más... ¿Quién no ha padecido uno en su vida en tales condiciones? ¡Pero sobre todo no digas semejantes desatinos delante de tu mujer o de tus padres!... ¡Es curioso!... Los hombres, aunque sean oficiales, no saben soportar nada... Por más que gasten un gran sable golpeándoles el muslo, en el punto y hora que se ven obligados a beber un poco de malvavisco, en el acto se creen perdidos ... ¿En peligro?... ¡Te has vuelto loco! ¡Lo que vamos a prepararte es la maleta para que te vayas a Cannes!....

*
* *

Las siete de la tarde; todo el mundo está en la mesa.

Juanita—diez años,—la hermana de Edmundo, ha venido a comerse el postre a su lado. Ambos se hallan enteramente solos, sintiéndose el enfermo más tranquilo viendo ante él esa plácida figura de niña, que, ignorante de las comedias de la vida, le mira con sus gran-

des ojos apenados, llenos de una compasión que no piensa en ocultar.

La pequeña come un racimo de uvas.

—¿Quieres darme una uva, Juanita?

Y mientras que con sus deditos inhábiles le hace engullir el racimo grano a grano, él estrecha a la niña contra su pecho:

—Oye, Juanita... Yo soy buen cristiano, y no quisiera marcharme como un perro... ¿No es verdad que estoy muy malito?...

—Respóndeme, Juanita.

Y la pequeña le abraza llorando:

—¡Pues sí que lo estás!

—Todo el mundo lo dice, ¿verdad?

—Sí—murmura la niña, que no sabe mentir.

—Me muero, ¿no es verdad?

—¡Quizá hoy! Papá lo ha dicho hace un momento.

—¡Ya me lo recelaba!... ¡Siempre la misma comedia! ¡Me creen un cobarde!

* * *

Y pensando, no en la muerte, sino en el sobrenatural peligro que corre, en el abismo espantoso que se le obliga estúpidamente a sortear, Edmundo palidece, sus ojos parecen agrandarse más, sus manos no cesan de escarbar en la colcha y todo se mueve a su alrededor....

Juana sale espantada:

—¡Un ataque!... ¡Un ataque a mi hermano!

La familia en masa se precipita en la alcoba.

El enfermo se repone en seguida de su instante de debilidad, pero ya le han dado una inyección de morfina, triplicando la dosis.

Y en este sér, en el cual se perfila la sombra de la muerte que avanza, ocurre un fenómeno extraño....

El alma, advertida de la alarmante noticia, se ha reaccionado de repente y pide a toda costa un sacerdote; pero el cuerpo, amodorrado por la morfina, no obedece a su voz, y esa alma, consciente de la suprema partida que se juega, acecha ansiosamente el primer instante en que, pasando la acción del narcótico, podrá hacer ejecutar su voluntad.

Pero ¡horror! los movimientos febriles que imprime a los miembros en su impaciencia de hablar son interpretados como una expresión de sufrimiento.

—¡El ataque le vuelve!—exclama una especie de doncella, que se jacta con el nombre de enfermera porque mondó un tiempo las zanahorias de un hospital.

Estas palabras le vuelven! enloquecen a todo el mundo, y se le pone una segunda inyección, y una tercera....

Y el alma se da cuenta de la espantosa situación... Ve que el cuerpo bebe la muerte insensiblemente, sin sufrimiento, y que se duerme del todo sin pensar en el alma que aún encierra, viva como un sér palpitante de salud que se clavara en una tumba.

A veces uno de esos inconscientes se inclina sobre él:

—¿Edmundo, ¿sufres?

Y haciendo esfuerzos espantosos para sacudir la parálisis de sus miembros, el alma del desgraciado quiere gritar:

—¡De eso se trata! ¡Un sacerdote, por piedad!

Juanita, sin saberlo, traduce su pensamiento.

—¿Por qué no viene el señor cura?

—¡Quieres callarte!—exclama el padre... —Habla más bajo.... Un sacerdote, revestido con su estola y sus cirios....

—¿Quieres matar a tu hermano?

—¡Sin embargo!... arriesga una de las tías.

—No.... al instante.... Cuando vuelva en sí.

—¡Oh, no!... ¡ahora!...

—De ningún modo ... Después de todo... si el hubiera querido un sacerdote....

—!!!...???

Le hubiera pedido....

PIERRE L'ERMITE

APLICACION DE LAS LEYES

Hay entre los diferentes juristas y comentadores de nuestra legislación positiva opiniones muy diversas acerca de la aplicación que debe darse a los códigos. Unos creen en el imperio fatal de la letra; otros prestan mayor atención a su espíritu. A nuestro modo de ver la controversia estriba en que no se hace una distinción clara y precisa entre el derecho natural y la ley positiva; distinción que entraña la mayor importancia jurídica, si es que ha de tenerse en cuenta la justicia en el gobierno de los hombres.

Es el derecho la suprema y última noción de la conciencia humana; él es la fuente y origen de todas las instituciones sociales y a él debe dirigirse la actividad de los hombres.

La ley es tan sólo la expresión del derecho: algo distinto que pretenda llamarse ley, no lo es. El derecho se formula para su garantía, mas no para constituirlo. Por eso dice muy bien el Doctor Angélico que ley es ordenación racional. Lo que caracteriza a la ley es el simbolismo que aparece, es ese sacar afuera lo que reside sin expresión en el fondo de las conciencias, allá en lo que pudiéramos llamar el punto céntrico de la naturaleza humana.

El derecho es el ambiente que circunscribe el sér del hombre; por eso que la conciencia se rebela cuando